

Stendhal

Rojo y negro  
Crónica del siglo XIX

Traducción de  
Consuelo Berges

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Le Rouge et le Noir*

Primera edición: 1969

Cuarta edición: 2020

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard / [www.elsasuarez.com](http://www.elsasuarez.com)  
Imagen © Alamy / Cordon Press

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Fundación Consuelo Berges  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1969, 2020  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)  
ISBN: 978-84-9181-774-1  
Depósito legal: M. 33.658-2019  
Composición: Grupo Anaya  
Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE  
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:  
[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

## ADVERTENCIA

A punto de aparecer esta obra, los grandes acontecimientos de julio vinieron a darnos a todas las mentes una orientación poco favorable a los juegos de la imaginación. Tenemos motivo para creer que las páginas siguientes se escribieron en 1827.



# Primera parte

La verdad, la dura verdad.

DANTON



# 1

## Una pequeña ciudad

Put thousands together  
Less bad,  
But the cage less gay.

HOBBS

Se puede decir que la pequeña ciudad de Verrières es una de las más bonitas del Franco Condado. Sus casas blancas, con los tejados puntiagudos, de tejas encarnadas, se extienden por la falda de una colina, en cuyas más leves sinuosidades resaltan unos manchones de recios castaños. Varios centenares de pies más abajo de las fortificaciones, antaño construidas por los españoles y hoy día en ruinas, corre el Doubs.

Al norte, Verrières está protegida por una alta montaña, una de las estribaciones del Jura. En cuanto llegan los primeros fríos, las cimas truncadas del Verra se cubren de nieve. Un torrente que se precipita desde la montaña atraviesa Verrières y, antes de morir en el Doubs, pone en movimiento gran número de aserraderos, una industria muy sencilla y que proporciona cierto bienestar a la mayoría de los habitantes de la comarca, más campesinos que ciudadanos. Pero lo que ha enriquecido a esta pequeña ciudad no son los aserraderos. Esta holgura general de las fortunas que, desde la caída de Napoleón, ha permitido reconstruir las fachadas de casi todas las casas de Verrières, se debe a la fabricación de telas estampadas llamadas de Mulhouse.

Apenas llegados a Verrières, nos aturde el estrépito de una máquina ruidosa y tremebunda en apariencia. Una rueda movida por el agua del torrente levanta veinte pesados martillos que vuelven a caer con un estruendo que hace temblar el pavimento. Cada uno de estos martillos fabrica cada día qué sé yo cuántos miles de clavos. Unas mozuelas lozanas y bonitas someten a los golpes de estos enormes martillos los trocitos de hierro que rápidamente quedan transformados en clavos. Este trabajo, tan duro en apariencia, es uno de los que más llaman la atención del viajero que por primera vez penetra en las montañas que separan Francia de Suiza. Si, al entrar en Verrières, pregunta el viajero a quién pertenece esa hermosa fábrica de clavos que ensordece a las gentes que suben por la calle Mayor, le contestan en un tonillo despacioso:

—Pues... del señor alcalde.

A poco que se detenga el viajero en esta gran calle de Verrières, que sube desde la orilla del Doubs en dirección a la cumbre de la colina, se puede apostar ciento contra uno que verá aparecer a un hombre alto con aire atareado e importante.

A su paso se alzan rápidamente todos los sombreros. Tiene el pelo canoso y viste de gris. Es caballero de varias órdenes, su frente es amplia, la nariz aquilina y, en conjunto, su rostro no carece de cierta regularidad: hasta se nota, a primera vista, que además de la dignidad de alcalde, tiene esa especie de atractivo que se puede hallar aún en personas de cuarenta y ocho o cincuenta años. Pero el viajero parisiense no tarda en descubrir con desagrado cierto aire de satisfacción de sí mismo y de su ciencia, unido a un no sé qué de limitado y de falta de personalidad. Se nota, en fin, que el talento de este hombre no pasa de hacer que le paguen con gran puntualidad lo que le deben y de pagar lo más tarde posible lo que debe él.

Así es el alcalde de Verrières, monsieur de Rênal. Atraviesa la calle con aire grave, entra en el ayuntamiento y desaparece de la vista del viajero. Pero si éste continúa su paseo, cien pasos más arriba descubre una casa bastante notable y, a través de una verja cercana al edificio, unos magníficos jardines. Más allá, la línea del horizonte, formada por las colinas de Borgoña, parece hecha de encargo para recreo de los ojos. Esta vista hace olvidar al viajero la pestilente atmósfera de los pequeños intereses de dinero que ya comienza a asfixiarle.

Le dicen que esta casa pertenece a monsieur de Rênal. La hermosa mansión de piedra sillería que el alcalde de Verrières está terminando ahora se la debe a los beneficios que le produce su gran fábrica de clavos. Dicen que monsieur de Rênal desciende de una antigua familia española establecida en el país mucho antes de la conquista de Luis XIV.

Desde 1815 este aristócrata se avergüenza de ser industrial: 1815 le hizo alcalde de Verrières. Los muros en terraplén que sostienen las diversas parcelas del magnífico jardín que, de bancal en bancal, desciende hasta el Doubs, son también una recompensa a la ciencia de monsieur de Rênal en el comercio del hierro.

No esperéis hallar en Francia esos pintorescos jardines que rodean las ciudades industriales de Alemania: Leipzig, Francfort, Nuremberg, etc. En el Franco Condado, cuantos más muros se levantan, cuanto más se eriza la propiedad de piedras colocadas unas encima de otras, más derechos se adquieren al respeto de los vecinos. Los jardines de monsieur de Rênal, con muchísimos muros, son admirados además porque algunas de las parcelas que ocupan las ha comprado a peso de oro. Por ejemplo, aquel aserradero cuya irregular situación a la orilla del Doubs llamó la atención del viajero al entrar en Ve-

rières y en el que leyó el nombre de sorel, escrito en caracteres gigantescos en una tabla que domina el tejado, ocupaba hace seis años el lugar en que actualmente se levanta el muro del cuarto terraplén de los jardines de monsieur de Rênal.

A pesar de su orgullo, el señor alcalde tuvo que dar muchos pasos cerca del viejo Sorel, campesino duro y tenaz; debió de costarle hermosos luises de oro conseguir que trasladara su fábrica a otro sitio. En cuanto al riachuelo *público* que movía la sierra, monsieur de Rênal, gracias a la influencia de que goza en París, consiguió que fuese desviado. Esta merced la obtuvo después de las elecciones de 182...

Dio a Sorel cuatro arpentas por una quinientos pasos más abajo, a la orilla del Doubs. Y aunque esta situación era mucho más ventajosa para su comercio de tablas de pino, el tío Sorel, como le llaman desde que es rico, tuvo el secreto de obtener de la impaciencia y de la *manía de propietario* que animaba a su vecino una cantidad de seis mil francos.

Verdad es que este trato ha sido criticado por las buenas cabezas del lugar. Una vez —era un domingo, hace de esto cuatro años—, al volver de la iglesia monsieur de Rênal, en atuendo de alcalde, vio de lejos que el viejo Sorel, rodeado de sus tres hijos, se sonreía mirándole. Aquella sonrisa iluminó con una claridad fatal el alma del señor alcalde: desde entonces cree que habría podido obtener el cambio con mayor ventaja.

En Verrières, para conquistar la consideración pública, lo esencial es no adoptar, sin dejar por eso de construir muchos muros, algún plano traído de Italia por esos albañiles que cada primavera atraviesan los collados del Jura camino de París. Semejante innovación echaría sobre el imprudente constructor una eterna fama de fanta-

sioso, y perdería para siempre la estimación de las personas sensatas y moderadas que en el Franco Condado distribuyen prestigios.

De hecho, esas gentes sensatas ejercen el más molesto *despotismo*; precisamente por esta fea palabra resulta insoportable la estancia en las ciudades pequeñas para quien ha vivido en esa gran república que se llama París. En las ciudades pequeñas de Francia la tiranía de la opinión —¡y qué opinión!— es tan *estúpida* como en los Estados Unidos.

## 2

### Un alcalde

¡Y la importancia, señor mío!, ¿no es nada? El respeto de los tontos, el pasmo de los niños, la envidia de los ricos, el desprecio del discreto.

BARNAVE

Por fortuna para el prestigio de monsieur de Rênal como alcalde, al paseo público que bordea la colina a cien pies sobre el curso del Doubs le hacía falta un inmenso *muro de contención*. Gracias a tan admirable situación, desde este paseo se domina uno de los paisajes más pintorescos de Francia. Pero, todas las primaveras, las lluvias abrían surcos, ahondaban precipicios y hacían impracticable el paseo. Este inconveniente, lamentado por todos, puso a monsieur de Rênal en la venturosa necesidad de inmortalizarse como alcalde levantando un muro de veinte pies de alto y de treinta o cuarenta toesas de largo.

El parapeto de este muro, que obligó a monsieur de Rênal a hacer tres viajes a París, pues el penúltimo ministro del Interior se había declarado enemigo mortal del paseo de Verrières; el parapeto de este muro sobresale cuatro pies por encima del suelo. Y, como para desafiar a todos los ministros presentes y pasados, en este momento lo están ornando con unas losas de piedra de sillería.

¡Cuántas veces, pensando en los bailes de París dejados la víspera, y apoyado el pecho en estos grandes bloques de piedra de un hermoso gris tirando a azul, he sumergido la mirada en el valle del Doubs! Allá lejos, a la

orilla izquierda, serpentean cinco o seis valles en el fondo de los cuales la vista distingue muy bien unos riachuelos. Se les ve perderse en el Doubs después de correr de rabi3n en rabi3n. El sol calienta mucho en estas montañas; cuando cae a plomo, unos magníficos plátanos protegen en esta terraza la abstraída contemplaci3n del viajero. Su rápido crecimiento y su hermoso verde tirando a azul se lo deben a esta tierra que el se3or alcalde ha mandado echar detrás de su inmenso muro de contenci3n, pues a pesar de la oposici3n de los concejales, ha ensanchado el paseo en más de seis pies (aunque él sea *ultra* y yo liberal, me merece alabanza; en su opini3n y en la de monsieur Valenod, el afortunado director del refugio de mendigos de Verrières, esta terraza, así ensanchada, puede sostener la comparaci3n con la de Saint-Germain-en-Laye).

En cuanto a mí, sólo una objecci3n tengo que oponer al PASEO DE LA FIDELIDAD; se lee este nombre oficial en quince o veinte lugares, grabado en unas letras de mármol, que han valido una cruz más a monsieur de Rênal; la tacha que yo pondría al Paseo de la Fidelidad es esa bárbara manera como la autoridad hace podar y rapar hasta lo vivo estos recios plátanos. En vez de parecerse, con sus cabezas bajas, redondas y chaparras, a la más vulgar de las plantas hortícolas, no desearían otra cosa que exhibir esas formas magníficas que tienen en Inglaterra. Pero la voluntad del se3or alcalde es desp3tica, y dos veces al a3o todos los árboles pertenecientes al municipio sufren una despiadada amputaci3n. Los liberales del lugar pretenden, pero exageran, que la mano del jardinero oficial es mucho más severa desde que el se3or vicario Maslon ha tomado la costumbre de apropiarse los productos de la poda.

Este joven eclesiástico fue enviado, hace unos años, a Besançon, para vigilar al abate Chélan y a otros curas de

los alrededores. Un viejo cirujano castrense del ejército de Italia, retirado en Verrières y que en vida era a la vez, según el señor alcalde, jacobino y bonapartista, se atrevió un día a ir a quejarse a éste de la mutilación periódica de tan hermosos árboles.

—A mí me gusta la sombra —contestó monsieur de Rênal con el matiz de altivez que conviene cuando se habla a un cirujano, miembro de la Legión de Honor—; a mí me gusta la sombra; mando podar mis árboles para que me den sombra, y no comprendo cómo un árbol puede existir para otra cosa, a no ser que *rente*, como el productivo nogal.

Ésta es la gran palabra que lo decide todo en Verrières: RENTAR; representa por sí sola el pensamiento habitual de más de las tres cuartas partes de la población.

*Rentar* es la razón que todo lo decide en esta pequeña ciudad que al viajero le parece tan bonita. En el primer momento, el viajero, seducido por la belleza de los valles lozanos y profundos que la rodean, se figura que sus habitantes son sensibles a *lo bello*; como hablan hasta demasiado de la belleza de su país, no se puede negar que cuenta mucho para ellos; pero es porque atrae a algunos forasteros cuyo dinero enriquece a los fondistas, y esto, gracias al mecanismo del impuesto de consumos, constituye *una renta para la ciudad*.

En un hermoso día de otoño paseaba monsieur de Rênal por el Paseo de la Fidelidad llevando del brazo a su esposa. Madame de Rênal, sin dejar de escuchar a su marido, que hablaba con solemne empaque, miraba con inquietud los movimientos de tres niños. El mayor, de unos once años, insistía demasiado en acercarse al parapeto con visible intención de encaramarse a él. Una voz dulce pronunciaba el nombre de Adolfo, y el niño renunciaba a su ambicioso proyecto. Madame de Rênal pa-

recía una mujer de treinta años, pero bastante bonita todavía.

–Pudiera muy bien ocurrir que tenga que arrepentirse ese caballerito de París –decía monsieur de Rênal en un tono ofendido y con las mejillas más pálidas aún que de costumbre–. No me faltan algunos amigos en Palacio...

Pero aunque me proponga dedicar doscientas páginas a hablaros de la provincia, no llegaré al bárbaro extremo de haceros soportar en toda su extensión y con todos sus *sapientísimos rodeos* un diálogo provinciano.

El tal caballerito de París, tan odioso para el alcalde de Verrières, no era otro que monsieur Appert, que dos días antes se las había arreglado para introducirse no sólo en la cárcel y en el refugio de mendigos de Verrières, sino también en el hospital administrado gratuitamente por el alcalde y los principales propietarios de la localidad.

–Pero –dijo con timidez madame de Rênal– ¿qué daño puede hacerte ese señor de París, puesto que administras los bienes de los pobres con la más escrupulosa probidad?

–No viene más que a provocar críticas, y luego hará publicar artículos en los periódicos del liberalismo.

–Nunca los lees, querido.

–Pero nos hablan de esos artículos jacobinos; todo eso nos entretiene y *nos impide hacer el bien*\*. Yo no perdonaré nunca al cura.

---

\* Histórico.

## El pan de los pobres

Un cura virtuoso y ajeno a la intriga es una bendición para la localidad.

FLEURY

Conviene saber que el cura de Verrières, un anciano de ochenta años que debía al aire de estas montañas una salud y un carácter de hierro, tenía derecho a visitar a cualquier hora la cárcel, el hospital y el refugio de mendigos. Monsieur Appert, que traía de París una recomendación para el cura, tuvo la prudencia de llegar a esta ciudad pequeña y, por tanto, curiosa, a las seis de la mañana. Inmediatamente se dirigió al presbiterio.

El cura Chélan, leída la carta que le escribía el señor marqués de La Mole, par de Francia y el más rico propietario de la provincia, se quedó pensativo.

«Soy viejo y aquí me quieren –se dijo al fin a media voz–, ¡no se atreverán!» Y mirando luego al señor de París con unos ojos en que, a pesar de la avanzada edad, brillaba ese fuego sagrado que revela el placer de acometer una bella acción un poco peligrosa:

–Venga conmigo, señor mío, y hágame la merced de no emitir, delante del carcelero y sobre todo de los vigilantes del refugio de mendigos, ninguna opinión sobre las cosas que vamos a ver.

Monsieur Appert comprendió que estaba ante un hombre valeroso; siguió al venerable cura, visitó la cárcel, el hospicio, el refugio, hizo muchas preguntas y, a pe-

sar de las poco satisfactorias respuestas, no se permitió el menor gesto de censura.

La visita duró varias horas. El cura invitó a comer a monsieur Appert, pero éste se excusó diciendo que tenía que escribir unas cartas: no quería comprometer más a su generoso compañero. A eso de las tres, el cura y el visitante fueron a terminar la inspección del refugio de mendigos y luego tornaron a la cárcel. A la puerta de ésta encontraron al carcelero, una especie de gigante de seis pies de estatura y con las piernas en paréntesis; el terror hacía aún más horrendo su innoble rostro.

—¡Oh, señor! —dijo al cura en cuanto le vio—, ¿no es monsieur Appert ese caballero que viene con usted?

—¿Y qué? —repuso el cura.

—Es que desde ayer tengo orden terminante del señor prefecto, mandada por un gendarme que ha debido de galopar toda la noche, de no permitir que monsieur Appert entre en la cárcel.

—Pues le diré —replicó el cura— que este viajero que viene conmigo es monsieur Appert. ¿Reconoce que tengo derecho a entrar en la cárcel a cualquier hora del día o de la noche, y acompañado por quien me plazca?

—Sí, señor cura —musitó el carcelero bajando la cabeza como un *bulldog* que obedece a regañadientes por miedo al palo—. Pero tengo mujer e hijos, señor cura, y si me denuncian me echarán; vivo solamente de mi empleo.

—También a mí me contrariaría mucho perder el mío —repuso el buen cura con una voz cada vez más conmovida.

—¡Buena diferencia va! —replicó con viveza el carcelero—; ya sabemos que usted, señor cura, tiene ochocientas libras de renta, una buena hacienda...

Éstos son los hechos que, comentados y exagerados en veinte versiones diferentes, agitaban desde hacía dos

días las pasiones malévolas de la pequeña ciudad de Verrières. En aquel mismo momento eran tema de la leve discusión que monsieur de Rênal sostenía con su mujer. Por la mañana, acompañado de monsieur Valenod, director del refugio de mendigos, se había personado en casa del cura con el fin de testimoniarle su más vivo descontento. A monsieur Chélan no le protegía nadie y se daba cuenta de todo el alcance de sus palabras.

—Pues bien, señores, con mis ochenta años seré el tercer cura destituido en estas cercanías. Llevo aquí cincuenta y seis; he bautizado a casi todos los habitantes de la ciudad, que no era más que un poblacho cuando yo llegué. Todos los días caso a muchachos a cuyos abuelos casé también. Verrières es mi familia; pero cuando vi llegar al forastero, me dije para mí: «Este hombre que viene de París puede muy bien ser un liberal, pues los hay de sobra; pero ¿qué mal puede hacer a nuestros pobres y a nuestros presos?»

Y ante los reproches, cada vez más vivos, de monsieur de Rênal y, sobre todo, de monsieur de Valenod, el director del refugio de mendigos:

—Bueno, señores, pues hagan que me destituyan —exclamó el anciano sacerdote con voz trémula—. No por eso dejaré de habitar en la comarca. Todo el mundo sabe que hace cuarenta y ocho años heredé una tierra que renta ochocientas libras; viviré de esa renta. Yo no hago economías en mi empleo, señores, y acaso por eso no me asusta mucho oír que me lo van a quitar.

Monsieur de Rênal se llevaba muy bien con su mujer, pero no sabía qué contestar a aquella idea que ella le repetía tímidamente: «¿Qué daño puede hacer a los presos ese señor de París?», y estaba a punto de enfadarse del todo, cuando su esposa lanzó un grito. El segundo de sus hijos acababa de subir al parapeto del muro y ya corría

por él, sin reparar en que aquel muro estaba a veinte pies sobre la viña que hay al lado opuesto. Por temor a asustar a su hijo y de que se cayera, madame de Rênal no se atrevía a dirigirle la palabra. Por fin, el niño, que se reía muy satisfecho de su proeza, al mirar a su madre y ver su palidez, saltó al paseo y corrió hacia ella. Se ganó una buena reprimenda.

Este pequeño incidente cambió el curso de la conversación.

—Estoy completamente decidido a traer a mi casa a Sorel, el hijo del aserrador —manifestó monsieur de Rênal—; se cuidará de los niños, que comienzan a ser demasiado malos para nosotros. Es un joven sacerdote o como si lo fuera, buen latinista, y hará adelantar a los niños, pues, según dice el cura, tiene mucho carácter. Le daré trescientos francos y la comida. Tenía yo algunas dudas sobre su moralidad, pues era el benjamín de ese viejo cirujano, miembro de la Legión de Honor, que con el pretexto de ser primo suyo, vino a vivir como huésped a casa de los Sorel. En el fondo este hombre podía muy bien no ser más que un agente secreto de los liberales; decía que el aire de nuestras montañas le iba muy bien para el asma, pero eso no es cosa probada. Hizo todas las campañas de *Buonaparte* en Italia, y hasta dicen que, en tiempos, firmó el *no* por el imperio. Ese liberal enseñaba latín al hijo de Sorel y le dejó cierta cantidad de libros que había traído consigo. Debido a esto, jamás se me hubiera ocurrido poner al hijo del carpintero al lado de nuestros hijos; pero el cura, justamente la víspera de la escena que acaba de indisponernos para siempre, me dijo que ese Sorel lleva tres años estudiando teología con el propósito de entrar en el seminario; de modo que no es liberal y es latinista. Esta solución nos conviene por más de un concepto —continuó monsieur Rênal mirando a su mujer

con aire diplomático—; el Valenod está muy orgulloso de los dos magníficos normandos que acaba de adquirir para su calesa. Pero no tiene preceptor para sus hijos.

—Bien pudiera ser que nos quitara éste.

—Entonces ¿te parece bien mi proyecto? —dijo monsieur de Rênal, agradeciendo a su mujer con una sonrisa la excelente idea que acababa de sugerirle—. Pues ya está decidido.

—¡Dios mío, qué pronto decides, querido!

—Es que yo soy un hombre de carácter, y bien que lo ha visto el cura. No nos engañemos: aquí estamos rodeados de liberales. Todos esos comerciantes de tejidos me tienen envidia, estoy seguro; dos o tres de ellos se están haciendo muy ricos; bueno, pues me place que vean a los hijos de monsieur Rênal ir de paseo acompañados de *su preceptor*. Eso impondrá respeto. Mi abuelo solía contaros que en su niñez había tenido un preceptor. Podrá costarme cien escudos, pero es un gasto que debe ser clasificado entre los necesarios para mantener nuestro rango.

Esta súbita resolución dejó a madame de Rênal muy pensativa. Era una mujer alta, de buen tipo, que había sido la belleza de la comarca, como se dice en estas montañas. Los ojos de un parisiense descubrirían en ella un cierto aire de sencillez y un andar joven, una gracia ingenua, llena de inocencia y de vida, que podría llegar a despertar ideas de placentera voluptuosidad. Si ella se hubiera enterado de esta clase de éxito, se habría sentido muy avergonzada. Ni la afectación ni la coquetería rozaron jamás su corazón. Se decía que monsieur Valenod, el opulento director del refugio, le había hecho la corte, pero sin resultado, y esto había dado a su virtud una singular aureola, pues monsieur Valenod, joven y de estatura aventajada, musculoso, colorado de rostro y con unas soberbias patillas negras, era uno de esos seres ordinarios,

insolentes y estrepitosos que en provincias llaman un hombre guapo.

A madame de Rênal, muy tímida y de un carácter muy desigual en apariencia, le resultaban particularmente desagradables el movimiento continuo y las voces de monsieur Valenod. Su alejamiento de lo que en Verrières se llama divertirse le había valido la fama de estar muy orgullosa de su linaje. Le causó gran contento comprobar que, sin que ella se lo propusiera, los habitantes de la ciudad frecuentaban menos su casa. No ocultaremos que pasaba por tonta a los ojos de las damas de Verrières, porque, nada diplomática con su marido, dejaba escapar las mejores ocasiones de que le comprara preciosos sombreros de París o de Besançon. Con tal de que la dejaran pasear sola por su hermoso jardín, no se quejaba jamás.

Era un alma ingenua, que no se había permitido nunca ni siquiera juzgar a su marido y confesarse que la aburría. Daba por supuesto, sin decírselo a sí misma explícitamente, que entre marido y mujer no existían relaciones más dulces. Amaba sobre todo a su marido cuando le hablaba él de sus proyectos sobre sus hijos, que destinaba el uno a la espada, el segundo a la magistratura y el tercero a la Iglesia. En resumidas cuentas, monsieur de Rênal le parecía mucho menos aburrido que todos los hombres que conocía.

Este juicio conyugal era razonable. El alcalde de Verrières debía su fama de inteligencia y sobre todo de buen tono a media docena de frases ingeniosas que había heredado de su tío. El viejo capitán De Rênal servía antes de la Revolución en el regimiento de infantería del duque de Orléans y, cuando iba a París, era recibido en los salones del príncipe. Allí había conocido a madame de Montesson, a la famosa madame de Genlis, a Ducrest,